

Mientras le apercibían para lanzarlo á la hoguera, molestábale Farel con toda suerte de indiscretas preguntas y de inútiles consideraciones. Ya le inquiría sobre secretos de familia, sobre misterios del corazón, sobre amores del alma, sin obtener ninguna respuesta; ya le presentaba como ejemplo á los ginebrinos de que Satanás se apodera también de las eminencias del espíritu. Más de seis horas corrison entre la salida de la prisión y la llegada terrible al lugar del suplicio; seis horas de insultos, de tormentos, de horrores, que caen todavía como gotas de plomo derretido en la frialdad y en la obscuridad del sepulcro sobre los huesos de aquellos que los perpetraron. La emoción de Servet, sujeto á grandes agitaciones y ataques nerviosos, al llegar allí fué tan grande, que se arrojó por tierra y hundió la cabeza en el polvo, lanzando lamentaciones y aullidos. Pero, como les sucede á los temperamentos nerviosos, pasó de un estado á otro estado súbitamente, y cobró majestuosa serenidad en cuanto llegó á tocarle con miedo en el hombro la mortal mano de su verdugo. A esta intimación, miró con desdén á sus perseguidores, y con presteza lanzóse á la picota. En este brusco movimiento, sus pies resbalaron en el azufre apercebido para quemarle, y tropezaron con las obras amontonadas para consumirle al mismo tiempo que su inmortal autor. Es imperdonable, no tiene, no puede tener atenuación y excusa el haber unido á la crueldad el sarcasmo, tratándose de sabio cuyo nombre merecía el respeto de todas las generaciones y cuya obra el lauro de la inmortalidad. Le escarnecían, como á Cristo en la columna. Después de haberle amarrado con una maroma y una cadena horriblemente á la picota, le pusieron sobre la cabeza ¡viles! una corona de pajas tintas y empapadas todas en azufre. Ya de esa suerte vejado, arrimaron al cuerpo las haces de leña, y á las haces de leña la tea del incenseo. En este momento desatóse viento terrible y cayó lluvia copiosa. El humo envolvía la cabeza de Servet, pero no le axfisiaba. La llama circuía su cuerpo, tostaba sus carnes sin consumirle. No recuerda la Historia que haya estado ningún infeliz dos horas seguidas en la hoguera y no haya muerto. Naturalmente, aquel fuego lentísimo aumentaba la crueldad del suplicio y la pena del mártir. Sus labios movidos por el dolor, lanzaban palabras parecidas á las palabras de Cristo en la Cruz. Muchas personas compasivas volvieron la vista con horror de aquel siniestro crimen; y otras, más compasivas aún, oyendo sus invocaciones á la muerte y su impaciencia por lanzar el último suspiro, echaron al fuego leños secos, á fin de que lo acabasen con mayor celeridad y cumpliesen el terrible veredicto. A las tres de la tarde ya el viento había barrido hasta los últimos átomos de las cenizas de Servet. Pero, lo que no borrará nunca el viento continuo de los tiempos, es la infamia y la deshonra de Calvino. ¿No evoca éste á Robespierre, y no parece la muerte del mártir Servet una escesa del terror jacobino? Dudaréis ahora de que Robespierre se parece, por su abstracción sistemática y su método jacobino, á Loyola; por su frío natural y su lógica implacable y no inestinguible sed interior de venganzas, á Calvino, y por su crueldad, á todos los inquisidores?

¿Quién puede negar que la idea puritana, tan civilizadora, tuvo algo de su genealogía en Calvino; y quién puede negar que Calvino, tan aclamado y bendecido por una parte de nuestra especie, con todo su dón de apostolizar y todo su dón de dirigir, presenta, como Robespierre, terribles aspectos de monstruo, cuando lucha implacable por su ideal, no de resistencia y de retroceso como el ideal de Loyola, ideal innovador y revolucionario, como lo fuera también el ideal de Robespierre? ¡Cuántos caracteres iguales al de Robespierre ofrece la Historia! Nuestro Felipe II, al pie de su Crucifijo, en oración, que dispone casi exterminar á su pueblo de Flandes por no querer vasallos herejes ¿se diferencia mucho de Robespierre? Presentada con todos los detalles guardados en la memoria humana esta muerte de Servet, nadie puede negar que el inmolador y verdugo de tal sabio, puesto en la circunstancia de Robespierre, hubiera como éste soltado una catarata de sangre sobre su República, con sólo variar el motivo, en vez de los dogmas religiosos, los dogmas revolucionarios. Ningún historiador de criterio esconderá los crímenes imputables al tribuno, y ningún crítico de conciencia callará la indignación que despiertan en las entrañas; pero tampoco ninguno dejará de conocer que cuando tienen el protestantismo en su casa reyes como Enrique VIII y predicadores como Calvino; cuando tiene la Iglesia en su Historia instituciones como la Inquisición y matanzas como las célebres de los albigenses y de los hugonotes; cuando la revolución religiosa fué precedida de una guerra como la horrible de Juan Siska y subseguida de un levantamiento como el célebre de los labriegos, cuyos horrores en crueldad sobrepujan los horrores de la revolución francesa; cuando Alemania misma pone como fecha digna de colocarse junto á la venida de Cristo el día en que la paz de Westfalia se firmó, y esta paz va precedida de tan espantosa catástrofe como la célebre guerra de los cuarenta años, cuyas señales de horror y exterminio aún presenta como cicatrices indelebles el suelo germánico; cuando los reyes mismos no pudieron establecer su autoridad superior, base de la unidad del Estado en los tiempos modernos, sin darle á la nobleza un martirologio que chorrea sangre; no puede hacerse de Robespierre, tan abominable como quiere la conciencia humana, un sér aparte del terror francés una excepción sin precedente alguno de la Historia, pues el mal acompaña y acompañará sin remedio á la especie humana, desde que naciera en el tiempo, hasta su completa extinción. Cuando la Historia moderna se compone de batallas y encuentros entre los pueblos, no menos cruentos que los combates y los movimientos revolucionarios imposible alcanzar cómo se quiere hacer una excepción de los crímenes perpetrados por estos últimos, enlazados con una larga serie de crueldades históricas. Ya el gran poeta Lucrecio, negó los dioses antiguos por consentidores de las guerras civiles entre los romanos y prefirió á presenciarse éstas, suicidarse. Ya el poema subsiguiente al de Lucrecio, y á los poemas así de Virgilio como de Ovidio, la Farsalia cantó el conflicto entre los Césares y los republicanos, mostrando cómo las reacciones violentas se parecen á las revoluciones

violentas en inhumanas y sanguinarias. Crueldades cesaristas, irrupciones de bárbaros, guerras por las investiduras, conflictos entre güelfos y gibelinos, diluvios de lágrimas y sangre durante los periodos feudales, constitución de las monarquías modernas basadas en terrores, como los que difundían Reyes de las entrañas del primer Pedro de Castilla y del cuarto Pedro de Aragón; crueldades como las usadas por los estadistas maquiavélicos del siglo décimo-quinto, y del siglo décimo-sexto, los iconoclastas en Oriente, los husitas en el Centro, los albigenses por el mediodía, los Iyanes terribles por el Norte; los empeños entre Francia y España, entre Alemania y España, las guerras por sucesiones á coronas como aquellas dos de María Teresa y Felipe V; la porfiada lucha entre Prusia y Austria, las correrías de Carlos XII, las matanzas de genizaros en Constantinopla; el destrozo y descuartizamiento de Polonia, encierran tantos horrores como la revolución y no han servido como la revolución al humano progreso.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-SEXTO

Primeras sesiones del Cuerpo Legislativo y primeros ministros del Rey constitucional

si que se abrieron las primeras Cortes, engendradas por el nuevo Código, pudo verse que caminaba el Rey al absolutismo, y que caminaba el Congreso á la Convención. El uno quiso demostrar que todo se perdería en Francia, si nuevamente á serlo él todo no tornaba; y el otro quiso demostrar que todo se perdería en Francia si con todo no se hacía ó alzaba. Trabajados por una perdurable guerra extremaban cuantas facultades les atañían ambos y olvidaban ó desconocían las facultades connaturales á los demás poderes públicos. Luis XVI servía la Constitución parlamentaria con sus miras puestas en la imposible Monarquía tradicional, y el Parlamento servía la Constitución monárquica con sus miras puestas en el inevitable régimen republicano. De aquí provenía, pues, que no pudiera, en eventualidad alguna, resolverse por una transacción el pleito, llevado por los dos pleiteantes á irremisible catástrofe. Para mayor desgracia, en el corazón de la Cámara legislativa penetra un factor horrible allí, sólo conocido á su término y fin por la Cámara Constituyente, penetra el factor extranjero. Pero este factor, cuyas amenazas, maniobras, irrupciones, arrancaron á los Reyes primero las coronas de sus cabezas y después las cabezas de sus hombros, fué arrastrado á la política interior francesa por los Reyes mismos. Bien es verdad, en disculpa sea dicho de ambos, ó en atenuación de su culpa, que ningún realista francés libraba entonces al sólo esfuerzo de los suyos el restablecimiento de la vieja Monarquía, sobre aquel suelo abrasado por el incendio de las nuevas ideas. Cuando en los días de confianza é ilusión,

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. N. I